

rios, ni machacaron morteros; es caritativa y sensible; el mal ajeno le afecta y de la miseria extraña se conduele; de su bolsillo da al pordiosero que pide á las puertas, y de su comida el bocado al menesteroso hambriento; es esta una virtud teologal innata en el corazón de la mujer costeña, que nace á la vida del hogar tranquilo entre la modestia que cautiva, el cariño que persuade y la felicidad que alegra.



### Tismiche

Por mimo de cariño maternal le llamaban *Perucho*, cuando su nombre de pila era Pedro; y en la escuela, la malicia infantil le había puesto el mote de *Tismiche*, no sé si por lo diminuto y delgado de su cuerpo, ó porque siempre andaba á zambullidas en el río á la hora de la escuela.

La madre de Pedro vivía en continua zozobra por las travesuras del rapazuelo: tales, como huídas cotidianas de la escuela; baños diarios en las aguas del Papaloapan; excursiones con pandilla de muchachos malévolos á la *Ciénega* y á la *Sabana*; navegaciones en el río *chiquito* dentro de microscópico *bongo*; trepa á las copas de los árboles en busca de nidos; corte de *virsiúchiles* para hacer rosarios, y otras muchas diabluras de *Tismiche* que tenían en cuida-

CAPÍTULO V

do al vecindario, en movimiento á la policía, en alarma al maestro de escuela y en sobresalto á la madre.

El registro de asistencia escolar estaba, sin hipérbole, constelado de faltas de *Perucho*; en el mes concurría dos días, y cuando asistía, alteraba la disciplina de la clase y desesperaba al sufrido cuanto diligente maestro, quien mandaba enhoramala la paciencia de Job y zurraba de lo lindo al diablillo de *Tismiche*.

Llegaba siempre treinta ó cuarenta minutos después de la hora de entrada, sudoroso, con los vestidos hechos un harapo, hediendo á mugre; las manos sucias, las uñas terrosas; el pelo hispido por falta de aseo y uso del peine; las orejas *sarnosas* y las piernas llenas de cascarría; los bolsillos repletos de chucherías y golosinas, como canicas, *tiradores*, coyoles, migajas de pan, pedazos de tortilla y terrones de azúcar: toda una provisión para el juego, en los momentos en que el maestro escribía la lección en el encerado, y para golosmear en la merienda de la hora del recreo.

El maestro se impacientaba ante las maldades del muchacho; y ni el rigor del castigo, ni los consejos maternos producían enmienda en el travieso de *Perucho*.

Cuando los muchachos repasaban con lánguida y monótona canturía la tabla del 2, taladrando los oídos, él se distraía *echando vaca*, ó pegando cera en las cabezas melenudas de sus compañeros de banca; jamás sabía la lección: 2 y 3 decía que eran 6; al caballo le llamaba anfibio y al gallo mamífero; si se le preguntaba dónde tonía el esternón, se señalaba la espina dorsal; toda enseñanza la volvía de revés, á igual que estaba su imaginación inquieta, ávida de soñolencia y de pereza.

Un día de pocos llegó á la escuela conducido por la madre, con las ropas húmedas, la cabeza mojada, la cara limpia y roja.



— Ahí viene *Tismiche*! — gritaron los párvulos interrumpiendo sus trabajos, poniéndose en pie los más grandes y encaramándose sobre las bancas los pequeños.

— Silencio! — ordenó el maestro.

— Cállense! — repitió, porque no se restablecía el orden.

— Señor — dijo la madre casi llorando — aquí le traigo á este *demonio*, que me está matando á *muinas*; no se quita del río y del *resetidero del sol*: ahorita mismo se estaba bañando cuando yo lo creía en la escuela. . . Castíguemelo! . . . péguele! . . . que no soy de las madres *consentidoras* que se enojan porque rajan á azotes á sus hijos, *¡cuero*, mucho *cuero* con él, á ver si se *enmienda*!

El maestro ofreció castigar á *Perucho*, y la madre se fué satisfecha de su celo.

De ahí á quince días no volvió el muy pillo por la escuela.

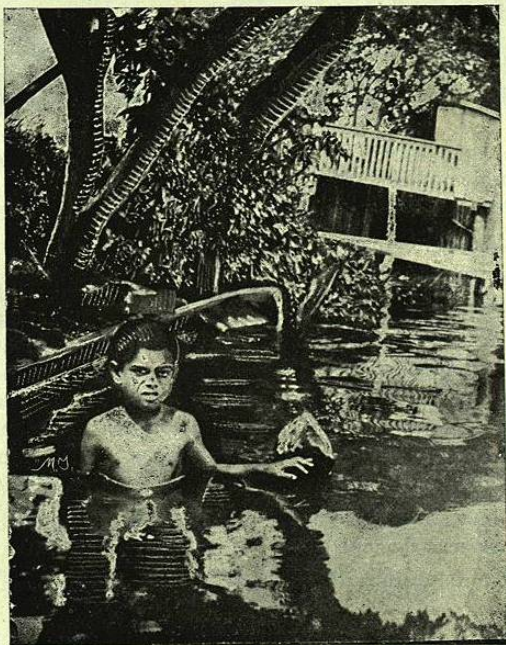
Cuando el maestro preguntaba por él al pasar lista, respondíanle invariablemente:

— Se huyó; lo vimos bañándose en el *paso de tía Pepa*.

ó en el *rio chiquito*, ó por la *sabana*, ó por la *ciénega*, ó por cualquiera de esos lugares escogidos para su holganza.

El agua era el elemento de *Tismiche*; no la buscaba como precepto higiénico ni como medida de aseo, sino por el gusto de zambullirse, darle *jupa* á sus camaradas de baño y hacer *el muerto* sobre las ondas; pues el jabón y el estropajo nunca limpiaron con sus frotos el cuerpo mugriento del *bañista*.

Una vez salido del agua, se echaba arena ó tierra sobre la cabeza para que la madre no advirtiera la travesura, y, con ésta, la huída de la escuela.



*Tismiche* nadaba con la ligereza de una anguila; parecía de corcho: siempre estaba á flote; donde le encanta-

ba remojarse era en el *rio chiquito*, cerca del puente «García,» debajo de la amplia y plácida sombra de un corpulento *amate* que hundía sus abundantes y barbudas y azafranadas raíces en las aguas del barranco; y allí se pasaba horas y horas sumergido en el agua, con la cabeza fuera, pronto á zambullirla al primer ruido; porque para *Tismiche* el río era su escondite; á modo receloso de anfibio salía á la orilla, se sentaba en el tronco del *amate* á tomar la brisa, y luego volvía al agua, la golpeaba, la arrojaba por boca y narices cual mitológico tritón y con la impetuosidad ruidosa de un cetáceo; cuando la campana mayor de la iglesia sonaba las tres de la tarde, dejaba el agua, poníase la ropa sucia sobre su fresco cuerpo y corría hacia su casa, diciéndole al llegar á la madre que anhelante lo esperaba:

¿La mano, *mama*?

—*Dioj* te bendiga, hijo!—Y se precipitaba *Tismiche* con hambre canina al fogón, en el cual estaba al rescoldo la mezquina comida con que le regalaba la cariñosa madre.

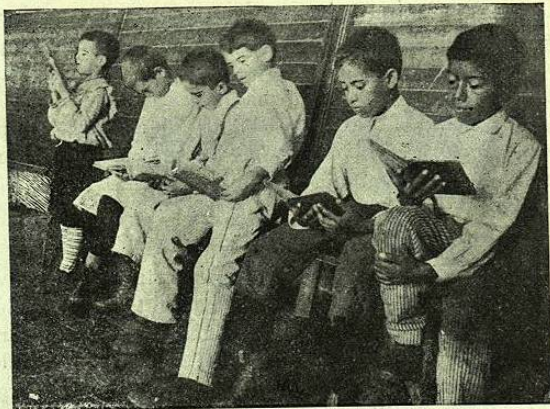
En la tarde y en la noche seguían las correrías del muchacho hasta que se acostaba á dormir un sueño largo y poblado de pesadillas.

Tanto fué lo que *Perucho* se huyó de la escuela para ir á zambucarse en las aguas del río, que la madre llegó al recurso de pedirle amparo al Alcalde.

La policía se encargó de vigilar al acuático rapaz, y dos ó tres aprehensiones en los instantes mismos en que *Tismiche* se desnudaba para arrojarse al líquido elemento, fueron suficientes á contener la afición del hidrófilo muchacho.

El pobre *Perucho* andaba trastrocado; le hacía falta su favorito juego dentro del río; sentir pasar por entre sus piernas los peces; acariciar el agua, golpearla con regocijo, esperar la onda que al sumergirse le pasaría fresca y bulle por cima de la cabeza; tumbarse sobre la superficie, juntar las manos, estirar los pies, y panza arriba hacer el muerto.

Pero la prohibición era estricta y la vigilancia asídua. No le quedaba más recurso que resignarse ir á la escuela; dormirse cuando el maestro explicaba á sus discípulos;  *echar vaca*  para sacar á los alumnos prensados por lo exiguo de la banca; jugar al toro y á las canicas en el recreo, y no dar jamás la lección.



Era una tarde primaveral; el río, diáfano, sin una arruga en su bruñida superficie; *Perucho*, montado sobre un poste del muelle, contemplaba las aguas transparentes con tristeza; cerca, otro arrapiezo pescaba con largo cordel, y el *jolote* esperado no picaba; de pronto el corcho se movió con breves oscilaciones haciendo burbujear la tersa superficie; *Perucho*, entusiasmado, exclamó:

¡¡Ya pica!!

El muchacho, no menos entusiasmado, siguió el tirón del cordel, perdió pie y fué á caer de bruces al río.

¡Un muchacho al agua!

¡Se ahoga!

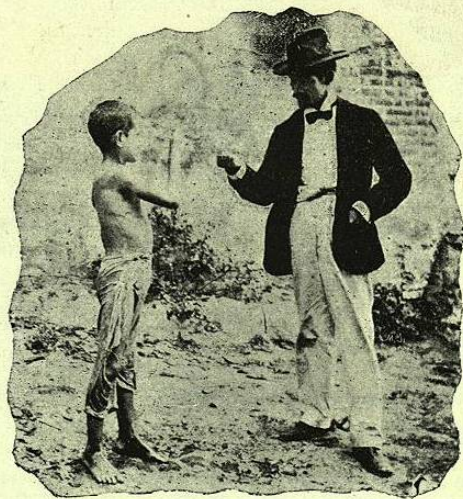
Gritaban desaforada y casi simultáneamente los cargadores del muelle

*Perucho* anduvo listo, en un decir amén quitóse la

camisa, y con todo y calzones se echó de cabeza al agua, tomó por debajo de los brazos al muchacho que pataleaba, sacándolo salvo á la orilla, donde ya se arremolinaba la gente que entusiasmada admiraba el arrojito del *Tismiche*.

Con dos ó tres tirones de orejas y un chupetón en plenas narices, el muchacho semiahogado volvió en sí: *Perucho* lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos y hecho una sopa.

El padrino del muchacho, salvado por el atrevido *Tismiche*, metió mano al bolsillo para pagar con largueza el servicio heroico que salvó de la muerte á su ahijado; pero *Tis-*



*miche*, atento al rasgo generoso, movió negativamente la cabeza húmeda, irguió el índice, y dijo con voz atiplada «No... ¿qué?... si me he daó la gran bañáa!

